Centenario de Frida Kahlo

JOSÉ CARLOS ROVIRA

Acumula celebraciones la artista mexicana nacida hace un siglo y fallecida de puro dolor en 1954. Hace menos de un año visité otra vez la casa de Coyoacán, «la Casa Azul», donde Frida vivió sus mejores y sus peores años. Me ha gustado siempre enseñar ese lugar a algún visitante imprevisto que coincidiera conmigo en México. Coyoacán es por otro lado un lugar preferido, paseable desde la Plaza Hidalgo, reposable en el café de la librería el Parnaso, desde donde, en línea recta por delante de la iglesia de San Juan Bautista, pasando el Jardín Centenario, en cinco cuadras llegaremos a la calle Londres donde está la casa.

Me ha agobiado siempre recorrerla. Aunque esté turistizada, la planta de museo angustia desde la primera imagen de una reproducción de «Las dos Fridas», ese cuadro que tanta literatura ha producido. Dejemos la explicación en la doble imagen de una mujer, con diferente vestido, con el corazón y sus arterias fuera del pecho, con el pequeño retrato oval de Diego Rivera que la ha abandonado de nuevo y que está en la mano izquierda de una Frida, vestida de tehuana en azul y marrón, que es la que le sigue amando, enfrentada a la abandonada, vestida de blanco, también con el corazón y las arterias fuera y con unas tijeras en la mano y manchas de sangre en el vestido. Hay un tremendismo constructivo que angustia en esta imagen que es representativa de una mujer con su sufrimiento, su poliomelitis de niña, su brutal accidente de 1926, sus continuas operaciones, su obsesión maternal y sus abortos irremediables, su amor por Diego Rivera, aquel gran mastodonte que la amó y la maltrató.

La cocina con azulejos de la Talavera poblana nos conduce enseguida al estudio y la habitación de la artista, donde el clima mantiene la angustia que vivió. La cama con dosel y con el espejo arriba, rodeada de nichos, santos y diablos. La casa está llena de objetos, cerámicas, exvotos, cachivaches de feria, muertes en todos los materiales y de todos los tamaños, fotografías familiares, estatuillas prehispánicas... un conglomerado caótico de recuerdos que llevan al turista hasta un jardín en el que la tienda del museo es la necesaria visita para cumplir la casi obligatoria adquisición objetual que nos lleva a otra reflexión.

Ésta es sobre la proliferación de su imagen y sus imágenes en un ámbito que conocemos ya como la «Fridomanía», que es algo que surgió probablemente en los años setenta cuando las primeras grandes exposiciones que se dedicaron a quien iba ser icono artístico y cultural de una época.

Lo es también la Frida Kahlo de este año cuando, con el recrudecimiento en el centenario de la «Fridomanía», asistimos a excesos de mercado que tienen que ver con la «Frida Kahlo Corporation», empresa multinacional que se dedica a sustentar la explotación de la imagen y de las imágenes que creara. Una tarjeta de crédito en Estados Unidos de Marster Card/ Sotheby's, ha marcado el colmo de representación en este centenario. Se trata, como dice su publicidad, de «una manera completamente nueva de acercarse al mundo del arte y al arte del buen vivir». La tarjeta lleva impreso el «Autorretrato con chango y loro» de Frida y permite asistir a las subastas de Sotheby's, visitar a artistas en sus estudios y hasta un recorrido en helicóptero por los viñedos de California, o acceso a las más famosas semanas de la moda, o la realización de safaris en África. Permite además compras en cualquier lugar del mundo.

Ésta es sin duda la otra posibilidad del centenario, la nueva función previsible que el mercado crea para alguien que acumuló tantas desdichas y glorias que la convirtieron en icono: emblema feminista, pero emblema también de la sumisión al impresentable de su marido, Diego Rivera; expresión del arte popular que se hace sublime en los museos; representación de la tragedia de una vida en la que el arte fue la única posibilidad de supervivencia; imagen del compromiso social en su militancia comunista, de la pasión, del dolor que se supera en el arte, de la lucidez vanguardista, de tantos sentidos que se hace imposible resumirlos. Diremos finalmente que ha llegado a significar tantas cosas, por acción y extensión del mito, que quizá ya no pueda representarse nunca a sí misma. ❑

José Carlos Rovira es catedrático de Literatura Hispanoamericana de la UA